

...Y GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ DESCUBRIÓ EUROPA¹

CAROLINA MOLINA FERNÁNDEZ
IES Augustóbriga. Navalmoral de la Mata

El 2007 ha sido un año de celebraciones para Gabriel García Márquez: se ha convertido en un escritor octogenario, su novela más elogiada, *Cien años de soledad*, cumplía cuarenta años y, de paso, se conmemoraron los veinticinco años de concesión del premio Nobel de Literatura. Efectivamente, un 8 de diciembre de 1982, vestido de blanco y envuelto en la ceremoniosa solemnidad de tan ilustre acto, el escritor colombiano comenzaba así sus palabras de agradecimiento por el Nobel:

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación.

Había titulado su discurso *La soledad de América Latina*, y en él García Márquez reflexionaba acerca de las relaciones entre Europa y América, dos continentes cuyos designios confluyen en la historia. Muy seguramente, sus lectores más fieles entenderían entonces que la alusión a Pigafetta, autor del *Primer viaje alrededor del globo*, era en realidad una manifestación pública de la importancia que para su visión de mundo han tenido los viajes.

Muchos años antes de aquel diciembre del ochenta y dos, y en realidad muchos años antes de que *Cien años de soledad* fuera su gran novela, comenzaba para García Márquez una peregrinación que seguramente hubo de ser trascendental en su vida y en su literatura, aunque en principio no se refleje en la *epidermis* de su narrativa, y tampoco haya sido demasiado tratada por la crítica. Nos referimos a su primer viaje a Europa, en el que seguramente el joven García Márquez hubo de sentirse un Anto-

¹ El siguiente artículo está confeccionado a partir de los datos que proporcionan algunos reportajes periodísticos de García Márquez (los recopilados por Jacques Gilard en el volumen *De Europa y América*, Barcelona: Mondadori, 1992), la biografía que del escritor colombiano escribió Dasso Saldívar (*García Márquez. El viaje a la semilla*, Madrid: Alfaguara, 1997), y el capítulo «El relato de viajes en *Noventa días en la cortina de hierros*» de mi libro *Gabriel García Márquez: crónica y novela* (Cáceres: Universidad de Extremadura, 2006).

nio de Pigafetta a la inversa. Porque si el «navegante florentino que acompañó a Magallanes» describía con asombro una naturaleza ajena a su visión de mundo europea, el periodista colombiano iba a dibujar para sus compatriotas una realidad absolutamente diferente a la de su Caribe natal.

Y es que como quizá sepa el lector, antes de ser *el gran Gabo*, allá por los cincuenta, García Márquez era un periodista con cierta fama en diarios locales de Cartagena de Indias, Barranquilla y Bogotá. En 1955 se publicó en el periódico *El Espectador* de Bogotá un reportaje sobre un naufragio que, según testimonios de la época y por razones que no vienen al caso, levantó ciertas ampollas en el gobierno. Se llamó «La verdad sobre mi aventura» (en 1970 se convertiría en el famoso *Relato de un naufragio*), y su publicación propició que se cumpliera uno de los grandes sueños que tenía el joven reportero: viajar a Europa. El primer tomo de sus memorias, *Vivir para contarla* (2002), culmina precisamente con la narración de los últimos días de su estancia en Colombia, antes de marchar al Viejo Continente. Con su estilo inconfundible, escribe:

No eran los mejores tiempos para soñar. Desde el relato del naufragio me habían aconsejado que permaneciera un tiempo fuera de Colombia mientras se aliviaba la situación por las amenazas de muerte, reales o ficticias, que nos llegaban por diversos medios. Fue lo primero en que pensé cuando Luis Gabriel Cano me preguntó sin preámbulos qué pensaba hacer el miércoles próximo. Como no tenía ningún plan me dijo con su flema de costumbre que preparara mis papeles para viajar como enviado especial del periódico a la Conferencia de los Cuatro Grandes, que se reunía la semana siguiente en Ginebra. [...] En realidad iba sólo por los cuatro días que duraba la reunión. Sin embargo, por razones que no tuvieron nada que ver con mi voluntad, no me demoré dos semanas sino casi tres años (*Vivir para contarla*, Madrid: Mondadori, 2002, p. 575).

Es significativo que *Vivir para contarla* se cierre justamente con su marcha a Europa, porque revela que el propio escritor siente tal episodio como punto de inflexión entre dos etapas de su vida. Era una calurosa tarde de julio de 1955 cuando García Márquez llegaba a la ciudad suiza de Ginebra, y efectivamente, no regresó al continente latinoamericano hasta finales de 1957. Sostiene en el fragmento citado arriba que «por razones que no tuvieron nada que ver con mi voluntad» los cuatro días se alargaron considerablemente. Sabemos hoy que tal afirmación es una verdad a medias, puesto que el periódico para el que trabajaba le remitió el dinero para el billete de vuelta. El joven de Aracataca tuvo la oportunidad de volver a su país; sin embargo decidió quedarse en Europa. Y en el Viejo Continente pasó tres años de odisea vital y profesional de los que tenemos testimonio escrito en su obra periodística, que compiló Jacques Gilard bajo el título *De Europa y América (1955–1960)* (Barcelona: Mondadori, 1992).

A través de los reportajes que García Márquez realizó durante estos tres años —trabajando primero para el periódico que le envió como corresponsal (*El Espec-*

tador de Bogotá), ejerciendo después de *freelance*, de reportero independiente— podemos recomponer su estancia en Europa (estuvo en Suiza, Italia, Austria, Francia, Alemania...) y descubrir ciertas claves de su narrativa posterior. Porque los reportajes reflejan su visión de mundo, pero también adelantan algunas de las técnicas narrativas que lo consagrarían años después como uno de los grandes novelistas en lengua castellana. No en vano, durante su estancia europea escribió «la novela de los pasquines» (*La mala hora*, 1961) y la vieja historia del militar que espera en vano su pensión, *El coronel no tiene quien le escriba* (1961).

Lo primero que llama la atención de los reportajes europeos es el empeño que tiene García Márquez en convertirse en un verdadero corresponsal, en anotar diferencias y semejanzas entre los dos continentes. Como buen periodista que es, adecua su discurso al tipo de receptor que va a leer su mensaje, y anota intuitivamente aquello que puede interesar a sus compatriotas. La travesía de los primeros cronistas se consume ahora en sentido inverso; el reportero «descubre» Europa con ojos de latinoamericano. Así, en las líneas iniciales de la primera crónica enviada desde Ginebra, por ejemplo, insiste en algo que desde luego debía de sorprender a un habitante del Caribe. En la ciudad suiza, y a pesar de un evento que reunía a las más altas esferas de la política internacional, las temperaturas estivales paralizan la actividad. Al colombiano le llama tanto la atención que compara la situación con Manizales, un pequeño pueblo de su país:

Ginebra tiene hoy una temperatura de treinta grados. Por las calles no se ven policías ni soldados y por este aspecto el viajero que llega de Colombia se queda desconcertado por la normalidad y quietud en una ciudad sobre la que están puestos los ojos del mundo y que, sin embargo, tiene menos movimiento que Manizales, por ejemplo (*De Europa y América*, p. 79).

Cuando acaba la conferencia de los Cuatro Grandes, en septiembre de 1955, el colombiano marcha a Venecia a cubrir el famoso festival de cine (entonces se llamaba la «Exposición de Arte Cinematográfico») y de allí, por la ciudad de Trieste, viaja en noviembre a Austria. Ha pasado ya cinco meses desde su llegada, y aunque sigue registrando entonces lo que le sorprende, no lo hace con el respeto reverencial de recién llegado. La evolución periodística se percibe en que en su tarea de «cronista de Europa» comienza a aflorar una de sus marcas de estilo (periodístico y literario), la ironía. Por ejemplo, en un reportaje en el que habla de la ciudad de Viena, parece poner en duda el supuesto «desarrollo» del mundo occidental estableciendo parecidos con su país. Así, en la estación de tren vienesa, al periodista le sorprende que los austriacos no utilicen maletas y tengan un saco «en el que cabe todo» como único equipaje. La comparación con una zona de Colombia donde la población indígena es mayoritaria muy probablemente suscitaría la sonrisa de sus lectores. Cuatros siglos antes, en un ejercicio de claro etnocentrismo, habían sido los navegantes europeos quienes comparaban a los indígenas con su mundo:

En Austria, en cambio, sólo salen a las estaciones los viajeros, no llevan maletas, ordinariamente. Llevan un enorme morral, a la espalda. Un morral en el que cabe todo: desde el cepillo de dientes hasta un catre plegadizo. Curiosamente, esas austríacas llevan el morral en la misma forma en que llevan a los niñitos las indias de Boyacá (*ibid.*, p. 214).

Después de su paseo por Suiza, Italia y Austria, García Márquez se instala en París en diciembre de 1955. Es entonces cuando cambiará el dinero de su billete de regreso a Colombia por el alojamiento en un pequeño hotel (el Hotel de Flandre) de la Rue Cujas, en pleno Quartier Latin. Allí, en una habitación permanentemente aromatizada con olor a coliflores hervidas, y rodeado de amigos latinoamericanos exiliados (como el poeta cubano Nicolás Guillén) vive uno de sus fervientes momentos creativos. En pleno invierno parisino, con una pequeña estufa y una única foto de su futura esposa, Mercedes Barcha, como elemento decorativo, escribirá quinientas cuartillas de un proyecto que se transformará poco después en *La mala hora* y en *El coronel no tiene quien le escriba*.

Mientras tanto, pasan los meses y a Gabo le surge la oportunidad de conocer Europa del Este. Durante al menos tres veces García Márquez traspasó el «telón de acero» y pudo viajar por Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y la Unión Soviética en unos años difíciles, de tensas relaciones entre los dos bloques en que se había dividido el mundo. Se trata de un periplo muy significativo en su vida, porque al marchar a Europa el periodista colombiano se hallaba muy próximo al Partido Comunista de su país (que funcionaba en la clandestinidad). Como había hecho en otro tiempo su admirado Pablo Neruda, García Márquez quiere comprobar *in situ* y por sí mismo la implantación del sistema comunista. Ahora bien, sus experiencias más allá del telón de acero no se reproducirán en papel de periódico hasta tiempo después. En 1959, cuando ya ha dejado el Viejo Continente, reescribe para una revista venezolana la crónica *Noventa días en la cortina de hierro*, que a mi juicio es la serie periodística más interesante de su estancia en Europa. Porque cuando en plena guerra fría los reclamos en contra del comunismo inundaban la prensa occidental, García Márquez parece empeñarse en que sus lectores vean la «verdadera» Europa del Este, con sus grandezas y sus miserias. Se trata de una crónica que, pese a lo que podría parecer, no hace proselitismo; de hecho, el reportero es muy consciente del absurdo del sistema estalinista, y no tiene ningún empacho en denunciar el desatinado burocratismo y el estancamiento económico en que el dictador sumió a Rusia, por ejemplo.

En cualquier caso, *Noventa días en la cortina de hierro* interesa, sobre todo, porque con él García Márquez inicia una andadura periodística diferente a la que había transitado hasta entonces, un camino que después aprovechará en su literatura. Se trata de un reportaje que evita en todo momento la horma de este género periodístico, y deja entrever el gran novelista que ya era, insinuando alguno de los procedimientos narrativos que utilizará años después. Así, una de las diferencias respecto al resto de sus crónicas europeas es que por primera y única vez en su periodismo europeo el

reportaje se configura con un narrador en primera persona. Si hasta entonces sus vivencias personales se ocultaban en una voz en tercera persona, en un «ente» abstracto, (recuérdese la cita de la crónica de Ginebra: el periodista es tan sólo «el viajero que llega de Colombia»), en *Noventa días en la cortina de hierro* el narrador adquiere tanta corporeidad que es un personaje de la historia. Y así, nos habla de sí mismo, algo que quizá ahora no nos parezca tan novedoso, pero que entonces desbarataba los codificados clichés de los géneros periodísticos. Por ejemplo, cuando describe el traspaso de frontera de Alemania Occidental a Alemania Oriental, García Márquez deja constancia de su lugar de nacimiento:

Los dos soldados se sirvieron de un plumero de palo y un tintero con tapa de corcho para copiar los datos de nuestros pasaportes. Fue una operación laboriosa. Uno de ellos dictaba, el otro copiaba [...]. Tenía los dedos embadurnados de tinta. Todos sudábamos. Ellos a causa del esfuerzo. Nosotros a causa del esfuerzo de ellos. Nuestra paciencia soportó hasta el desdichado instante de dictar y escribir el lugar de mi nacimiento: Aracataca (*ibid.*, p. 567).

Adviértase cómo el exotismo o la dificultad fonética que ha de tener para un alemán el topónimo de «Aracataca» (y efectivamente allí nació el escritor) se ha utilizado para crear una situación cómica que, en el fondo, denuncia la inoperancia de una aduana carente de recursos. Sin lugar a dudas, el hecho de incluir datos biográficos (datos reales) en un reportaje tan especial como éste es, lo puede suponer el lector, un procedimiento que busca verosimilitud. Un poco más adelante, contando la extrañeza que suscitaba en la gente del otro lado del telón de acero unos viajeros occidentales, afirmará: «Yo, que tengo poca conciencia de mis bigotes y mi saco rojo a cuadros negros» (*ibid.*, p. 570). Adviértase cómo ya entonces García Márquez había construido la imagen por la que se conocerá después en todo el mundo; el bigote y la camisa a cuadros negros y rojos son seña de identidad del colombiano, se comprueba con sólo solicitar imágenes del novelista en cualquier buscador de internet.

Pero además de incluir referencias «reales» a su persona, lo curioso de *Noventa días en la cortina de hierro* es que este afán por la verosimilitud se mezcla con un juego de clara estirpe ficcional, por no decir novelesco. Las diferentes biografías de García Márquez confirman que realizó al menos una de sus incursiones en la Europa del Este junto con su amigo venezolano Plinio Apuleyo Mendoza y su hermana Soledad. Y sin embargo, leemos al comienzo del reportaje periodístico del que estamos hablando:

Éramos tres a la aventura. Jacqueline, francesa de origen indochino, diagramadora en una revista de París. Un italiano errante, Franco, corresponsal ocasional de revistas milanesas, domiciliado donde le sorprenda la noche. El tercero era yo, según está escrito en mi pasaporte. Las cosas empezaron en un café de Franckfort, el 18 de junio a las diez de la mañana. Franco había comprado para el verano un automóvil francés y no sabía qué hacer con él, de manera que nos propuso «ir a ver qué hay detrás de la cor-

tina de hierro». El tiempo —una tardía mañana de primavera— era excelente para viajar (*ibid.*, p. 565).

García Márquez ha decidido transmutar a sus acompañantes reales por Jacqueline y Franco, dos seres... de ficción. No se trata tan sólo de que haya cambiado el nombre de los personajes, sino que además los dota de características y atributos «novelescos», que pretenden hacerlos más atractivos al lector. A lo largo del relato, el narrador se esfuerza por pintarnos a una seductora Jacqueline, con una exótica nacionalidad, «francesa de origen indochino» (curiosamente, como Marguerite Duras, figura señera en la Europa de fines de los sesenta), y una profesión de moda entonces, «diagramadora» (maquetadora) de una revista parisina. En contraposición, Franco se perfila a lo largo del reportaje como el típico seductor italiano, el donjuán «domiciliado donde le sorprenda la noche», como los tipos solitarios y errabundos del escritor norteamericano Graham Greene, a quien García Márquez admira. Además, la justificación de la aventura del Este no parece muy seria: un viaje que en aquellos momentos no dejaba de ser peligroso y osado se gestó en una cafetería, y todo porque Franco ha adquirido un coche y no saben qué hacer en el verano. No hay otro plan más interesante que «ir a ver qué hay detrás de la cortina de hierro». El desenfado y el humor de esta «despreocupación» recuerdan en gran medida al modo en que justifica el viaje a Europa en sus memorias, como vimos en el fragmento citado de *Vivir para contarla*.

Y es que el hecho de incluir datos biográficos en su reportaje, el hecho de jugar con las fronteras entre la realidad y la ficción, preludia lo que será una práctica común en su trayectoria novelística, especialmente a partir del éxito de *Cien años de soledad*. Como puso de manifiesto pronto la crítica, los capítulos finales de la obra aluden a algunas de las circunstancias vitales de García Márquez: como ejemplo, diremos que los hijos de la última Amaranta se llaman Rodrigo y Gonzalo (como sus propios hijos), y el nombre de Mercedes, su esposa, aparece citado en numerosas ocasiones al final de la novela. Pensemos también que el narrador de *Crónica de una muerte anunciada* (periodista, por cierto) comparte datos biográficos con García Márquez: aparecen como seres de papel la madre del novelista, Luisa Santiaga, sus hermanos Luis Enrique y Margot, o su propia esposa, Mercedes Barcha.

Noventa días en la cortina de hierro evidencia, entonces, que la obra periodística de García Márquez es inseparable de su novelística, porque como él mismo ha dicho en varias ocasiones, no entiende el periodismo y la literatura como dos oficios rivales. Quizá por ello el escritor colombiano admire tanto a los cronistas de Indias, a esos primeros reporteros de la historia que escribían relatos basados en hechos reales que, por la desmesura de la propia realidad, sus lectores descodificaban como prosa de ficción. También en *Noventa días en la cortina de hierro* hay ejemplos de ese afán de convertirse en «cronista»; a propósito de una escena contemplada en la Unión Soviética, afirmará con el fin de «desautomatizar» la idea que de Europa del Este tienen sus compatriotas:

Había un aire rural, una estrechez provinciana que me impedían sentir la diferencia de diez horas que me separaba de las aldeas colombianas. Era como la comprobación de que el mundo es más redondo de lo que uno cree y que a sólo 15000 kilómetros de Bogotá, viajando hacia el Oriente, se llega otra vez a los pueblos de Tolima (*ibid.*, p. 619).

La comparación entre los pueblos de Tolima (un departamento colombiano de la región andina) y los soviéticos es, en realidad, una exageración. La hipérbole, uno de los rasgos estilísticos de su idiolecto y tan recurrente en *Cien años de soledad*, está ya en su periodismo. García Márquez comenzaba a ser *García Márquez* antes de 1967, y es algo que no conviene olvidar en este año de conmemoraciones.

